

el bienestar presente y futuro del país; el puerto de Buenos Aires se miraba como un peligro administrativo, obstruyéndose cuantas operaciones se efectuaban por su intermedio; las iniciativas del embrionario comercio veíanse cohibidas por una densa maraña de reglamentaciones artificiosas. «Las instituciones coloniales eran de hecho caducas, antes que así las declarara la revolución, y la divergencia económicamente entre el fisco y los intereses de la economía nacional, generalizándose á todos los órdenes de la actividad social y política, á medida que el país se desarrollaba, suscitó entre ambas potencias una ruda antipatía».

El autor hace el inevitable parangón entre la influencia de las colonizaciones, inglesa y española, en ambas Américas. España y sus virreyes no se preocuparon jamás «de complementar su evolución constitucional á medida que se acrecentaba el desenvolvimiento político», según ocurrió en el Norte; por eso, al romper con Inglaterra, todos los poderes constitutivos de una democracia representativa se encontraron incorporados á la personalidad política de la Nación, por la experiencia y por los hábitos consuetudinarios. Allá el derecho corresponde al hecho; aquí el derecho no guarda concordancia alguna con la realidad.

El año X los nativos substituyeron á los funcionarios, al clero y á los monopolistas en el ejercicio de la autoridad, acaparando la riqueza y las

funciones públicas. Del seno obscuro de la masa surge el gobierno demagógico; «la fuerza de los cuarteles ó el fraude amistoso de las camaraderías, á golpe de espada ó golpes de palo, improvisan é imponen sus hechuras rústicas ó mediocres, y unos y otros, por el cabildo abierto á la revolución militar, despiertan *la bestia demagógica y anárquica* para lanzarla en delirante carrera».

En el seno mismo de esa etapa inicial de nuestra vida política encuentra Ayarragaray dos hechos dignos de mención, cuya importancia no parece apreciar como es debido. Primeramente la división de los criollos—hasta entonces unidos en la inferioridad ante el godo—en dos clases con intereses económicos heterogéneos, preludiando á las venideras escisiones de los intereses económicos de la población argentina. «Mientras tanto, bajo el estímulo de la actividad económica que despertó la revolución de Mayo, se constituye, principalmente en Buenos Aires, una clase de *acaudalados*, que, separados de la política militante, ansían la paz interna y sueñan con una vida regular y pacífica». «Al mismo tiempo aparece en medio de la anarquía el otro núcleo de intereses sociales, el proletariado naciente, que ve obstruido su desarrollo por la acción tumultuaria y caótica del caudillismo faccioso». «Los trastornos cada día más profundos concluyeron por suscitar un sentimiento difuso de conservación, arraigado

principalmente en la clase laboriosa, la cual, con el refinamiento de las costumbres y los recursos acumulados, aspira á gozar el fruto de sus afanes. Es cierto que esas aspiraciones eran reducidas; ellas no reclamaban libertades políticas dignas de una democracia, sino las garantías rudimentarias, casi policiales, que amparan sus intereses y sus vidas.»

Si entonces aparece un caudillo superior á los otros, capaz de imponer ciertas garantías reclamadas por esos núcleos sociales, podrá contar con el apoyo de los conservadores de toda clase, ya sean los acaudalados que en la guerra sólo pueden haber mengua en sus fortunas, ya sean los artesanos que sólo en la paz pueden alcanzar el incremento de su industria é incorporarse á la pequeña burguesía industrial que va formándose.

Pero antes de que eso ocurra, las campañas ignorantes y bárbaras intervienen en el desborde político del país; surge la montonera, cada campanario tiene sus facciones, cada facción su caudillo. La irrupción del analfabetismo rural completó la subversión definitiva de la vida política y sus montoneras electorales propiciaron la consolidación del caudillismo. La actividad democrática argentina se balancea entre los tumultos de los cabildos abiertos, los comicios de fuerza y las asonadas de atrio. En medio de ese caos perpetúase la violencia é imperan los rudos instintos de los políticos bravos.

Las muchedumbres semibárbaras de las campañas, y la población inferior y mestiza del suburbio de nuestras aldeas, encuentran en el sufragio universal un reconocimiento de su entidad política á la vez que un anómalo resorte de agitación intermitente.

Estas son, en síntesis y expuestas con claridad metódica, las ideas esenciales que inspiran el libro.

∴

El estudio de la anarquía y el caudillismo no es nuevo en nuestra literatura histórica: Mitre y López, Alberdi y Estrada, Paz y Sarmiento, De Oro, Echeverría, Vélez Sarsfield, Quesada, Zuvieta, consagraron más de una página brillante á describirlos, ensayando alguna vez su interpretación. Y si podemos pasarnos de esa primera etapa de la bibliografía argentina, no sabríamos justificar la despreocupación de Ayarragaray por la bibliografía contemporánea. Ramos Mexía, Juan A. García, Groussac, Zeballos, Quesada, Alvarez y el que estas notas escribe, han emitido opiniones sobre el origen del caudillismo; Ayarragaray parece ignorarlo, prefiriendo la solitaria composición de sus cuartillas á la fecunda é ilustrativa crítica del parecer propio frente á la opinión de los autores que antes han escrito. Y callaríamos de buenas ganas sobre tal laguna—harto grave en libro que desea ser científico—, á no constreñir nuestra in-

sistencia Carlos Octavio Bunge, que en un capítulo de «Nuestra América» ha pintado, con mano experta, el cuadro del caudillismo y la política caciquista, conquistando el derecho de mención por parte de cuantos autores diluciden, después de él, esta fase de nuestra historia política. Verdad es que Bunge, á su vez, ignoraba á Sarmiento...

La interpretación de los orígenes del caudillismo—intuída vagamente por Sarmiento en sus factores mesológicos y étnicos—, no fué tratada con acierto por Bunge, quien incurre en el yerro fundamental de atribuirlo á un factor puramente psicológico: la pereza colectiva, debida á la herencia de raza, que induce á renunciar la acción política en manos del caudillo ó cacique. Aparte sus deficiencias intrínsecas, ese criterio no es aplicable al caudillismo anárquico, sino al caudillismo manso del siguiente período.

Tampoco acierta Ayarragaray con la interpretación verdaderamente sociológica, aunque nos ofrece una político-social más amplia y comprensiva que las anteriores: en primer lugar pone la herencia de raza, en segundo término la falta de educación política, el mestizaje, las condiciones económicas, etc. Pero todos estos factores no son estudiados por su rol *determinante* del caudillismo, sino como *coexistentes* con él: Ayarragaray describe fenómenos, establece la filiación cronológica entre ciertos hechos de España ó la Colonia

y sus similares de la anarquía y el caudillismo; la filiación es exacta, pero no es su *interpretación genética*. En este sentido conviene remontar más la investigación de los orígenes. Y la prueba de que la obra de Ayarragaray carece de criterio sociológico, la tenemos en las contradicciones que resultan de su eclecticismo al investigar los orígenes del caudillaje.

Citando el ambiente, la raza, las tradiciones políticas, los factores económicos, la cultura intelectual, todo lo que es ó puede ser causa de un fenómeno social, se da prueba de amplitud de criterio sociológico ó de ausencia del mismo. Es evidente que entre tantas presunciones debe estar la solución deseada; pero si falta la seguridad suficiente para individualizarla, córrase peligro de excluirlas á todas. Pondremos como ejemplo el más concordante con las ideas que en seguida expresaremos: el rol de los factores económicos en la determinación de la anarquía y del caudillismo.

Como se habrá visto en el precedente resumen, Ayarragaray señala el atraso económico de la metrópoli, su falso criterio para la explotación de las colonias, el conflicto entre esa explotación y los verdaderos intereses coloniales, la anarquía económica después de la revolución, el nacimiento de la burguesía feudataria criolla y del artesano proletario que evoluciona hacia la pequeña burguesía industrial: son hechos exactos, de cuya observa-

ción puede felicitarse el autor. Pero tanto á esas observaciones emite sentencias de este corte: «Hoy, que por su organización capitalista, la sociedad se debate en medio de una desesperada competencia política, comercial y mundial, los pensadores positivistas colocan el principio de su existencia y sus derechos en el axioma biológico de la lucha por la vida. Este concepto, que llamaremos oportunista, pretendió dar fundamento, con interpretaciones científicas, á formas y estados episódicos, fases de movimientos «harvales» de una sociabilidad que se debata, y se debate aún, en los primeros escaños de la evolución política. El error estriba principalmente en equiparar las caóticas manifestaciones de nuestra anarquía con formas y tipos clásicos, frutos del concurso de leyes regulares y organizaciones superiores».

Con esas palabras Ayarragaray parece renunciar á una interpretación sociológica de la anarquía y el caudillaje, condenándose á empirismo perpetuo; el error que Ayarragaray imputa á los «teorizados científicos» deriva, en este caso, de haber interpretado mal sus propósitos. No se trata de «equiparar las caóticas manifestaciones» con «formas y tipos clásicos», sino simplemente de «investigar las causas fundamentales de esas caóticas manifestaciones. El autor cree resolver el problema, enunciándolo. Por eso, después de acumular un rico filón de observaciones sobre los fenómenos econó-

micos de la época que estudia... se guarda muy bien de inducir ninguna conclusión, de fijar una ley, de establecer un orden de importancia ó subordinación entre ese factor y otros; no completa el análisis de los factores que se limita á señalar, no induce una conclusión sintética general, una «teorización científica» á posteriori: que tal debiera ser el objetivo en toda investigación sociológica.

No basta, pues, limitarse á señalar relaciones de concordancia ó coexistencia, que no dilucidan la génesis de los fenómenos; debe llegarse hasta la relación de causalidad buscando las causas de los diversos fenómenos coexistentes ó concordantes, por más que sean lejanas y suelen escapar á un examen superficial.

Creemos que la anarquía política argentina, el caudillismo y las luchas civiles son susceptibles de una interpretación sociológica dentro de los criterios del Economismo Histórico, que hemos aplicado sistemáticamente en diversos ensayos sobre sociología argentina; en su conjunto involucran una completa teoría sociológica de nuestra evolución, fundada en el examen del origen y transformaciones de nuestro ambiente económico social.

..

Procedamos con orden. Ayarragaray, en su obligado paralelo entre ambas colonizaciones de Amé-

rica, olvida confrontar el estado de evolución económica alcanzado por las dos metrópolis, el desenvolvimiento de los medios productivos en ambas colonias, las condiciones de circulación de las riquezas naturales, la posición geográfica de las diversas zonas de cada colonización, la rapidez con que se opera la desaparición de la tierra libre en ambas colonias: factores que le habrían explicado la diversidad de las resultantes con mayor verdad y eficacia que las instituciones y la educación política, hechos secundarios y concomitantes con el desenvolvimiento económico.

Si la independencia encontró á los Estados Unidos preparados para sus instituciones democráticas, no fué porque el pueblo tuviese hábitos políticos y nobles herencias psicológicas; fué porque la tierra pertenecía á los colonos y los sistemas productivos estaban desarrollados por una colonización encaminada á explotar inteligentemente las colonias: *había intereses organizados* que la política debía tutelar. En cambio, España practicó en sus colonias una explotación empírica y de rapiña, distribuyó la tierra á propietarios que no la trabajaban ni la dejaban trabajar á otros, no organizó producción alguna, no creó fuerzas ni intereses ligados á la riqueza de las colonias, contentándose con llevar cuanto más fuese posible á las arcas de España ó á los bolsillos de los españoles. En nuestro coloniaje teníamos una constitución

económica enteramente «bárbara», predominando la explotación desorganizada de las riquezas naturales, mediante procedimientos primitivos. Los criollos eran vasallos de un señor feudal extranjero. Al salir de la dominación española no existe en el país una producción organizada, ni hay intereses comunes que requieran ser tutelados por determinadas tendencias políticas; la constitución económica es indefinida, heterogénea: no hay solidaridad política donde no hay intereses solidarios.

En la base misma de la anarquía política descubrimos la anarquía económica, sirviéndole de substratum.

Falta de organización económica, ausencia de intereses comunes; encontramos esa fórmula económica detrás de la anarquía política.

En la masa inorgánica comienzan á diferenciarse dos tipos de clases sociales: el terrateniente (preludiando la burguesía rural) y el artesano (preludiando la futura burguesía industrial); estos grupos tienen intereses claros y definidos, desean la instauración de un régimen de orden para defender esos intereses; siendo prematura la formación de partidos que los encarnen, limitanse á propiciar y aceptar la protección del caudillo pacificador. *Cuando salen de la anarquía económica y se definen sus intereses, huyen de la anarquía política; en la imposibilidad de crear partidos que sean el exponente de sus intereses, aceptan la*

tutela del caudillo pacificador que los salva de la anarquía. Como estos núcleos son muy pequeños durante el primer cuarto del siglo XIX, no consiguen modificar la fisonomía conjunta de la época, pero preparan los nuevos conflictos de intereses que desplegarán á la ciudad aduanera y comerciante contra el interior feudal.

El caudillismo es el exponente político de la anarquía. Llamamos caudillismo al ejercicio de la autoridad simplemente personal, con independencia de toda representación de intereses colectivos; anarquía, á la falta de intereses comunes dentro de un mismo agregado político.

Así vemos que la atenuación de la anarquía y del caudillismo comienza cuando se definen dentro del país grandes tendencias de intereses; la anarquía y el caudillismo son formas políticas transitorias, propias de un agregado social cuya constitución económica recién empieza á concretarse. En cuanto se definen las primeras divergencias de intereses se plantea el primer problema; el nacimiento de una burguesía rural feudataria crea el conflicto: á menudo inconsciente para sus actores, mas no por eso menos verdadero en su determinismo.

Sarmiento, en «Conflicto y armonías», tuvo la intuición exacta del fenómeno, aunque no pudo expresarlo como hoy podría exigirse de un sociólogo. «La lucha parecía política y era social», dice

(II; 472); social entre la «barbarie» y la «civilización». Esta lucha no ha sido bien interpretada por cuantos ensayaron aplicar al fenómeno un criterio sociológico; para García, Ramos Mexía, Justo y Lugones, las luchas civiles tienen su eje en una lucha de clases; el federalismo («barbarie» de Sarmiento) representa el proletariado y el unitarismo («civilización») la burguesía naciente; Paz ha sido diestramente citado en favor de esa tesis. A tal criterio oponemos otra interpretación. Todas estas luchas no fueron entre la burguesía naciente, deseosa de afirmar su poderío de clase, y las multitudes desheredadas que defendían la barbarie agonizante; fueron luchas, fáciles de preverse, entre las dos tendencias naturales que debían solicitar á las oligarquías criollas que comenzaban á tener intereses definidos, saliendo de la anarquía económica recibida como herencia de la economía colonial española. En las oligarquías mediterráneas, de los terratenientes rurales, se definió la tendencia hacia la economía feudal, sistema de producción conveniente para la burguesía feudataria; la oligarquía metropolitana tiende, en cambio, á la industrialización agro-pecuaria, propicia á la zona litoral, más comercial é industrial. La primera representaba una evolución menor en el curso natural de la transformación de los sistemas productivos, por cuyo motivo sucedió á la anarquía y precedió al advenimiento de la econo-

mía agro-pecuaria actual, que á su vez evoluciona hacia el capitalismo. Esa misma razón, de menor progreso, atrajo á la burguesía feudal las simpatías del proletariado semibárbaro, gracias á cierta «menor divergencia» de intereses, y acaso una verdadera comunidad transitoria de conveniencias materiales.

Ayarragaray presiente algunas de estas nociones; no acierta á formularlas con precisión. Tiene frases que podrían ser grandes síntesis en un libro escrito con otro criterio: «Conjuntamente con el desarrollo económico de las campañas se desarrolla también la importancia política de las mismas». Es una afirmación intuída empíricamente: pero podría ser la resultante de un estudio especial: en vez de *afirmar* acertando, se podría *demonstrar*. Nosotros, por ejemplo, formularíamos de otro modo ese concepto: «Cuando en el seno de la anarquía económica (y política) argentina comienzan á definirse intereses comunes á toda su población rural—ó á los propietarios rurales, ó á la clase feudal—estos intereses definidos y comunes determinan una acción política de las campañas, orientada en el sentido más propicio á la defensa de sus intereses nacientes». Es el mismo concepto, sin duda; pero mientras la cita de Ayarragaray evidencia un carácter empírico de adivinación, la nueva forma traduce un pensamiento concreto y definitivo, inducido á *posteriori*, después de ana-

lizar las condiciones de desarrollo propias de nuestra clase feudal.

Con estas observaciones sobre el génesis económico de la anarquía argentina y el caudillismo, no pretendemos encuadrar toda la evolución histórica en el encadenamiento sencillo y lirecto de los fenómenos económicos.

En la determinación de las leyes sociales concurren, sin duda, elementos complejos: económicos, políticos, jurídicos, familiares, morales, religiosos, intelectuales, estéticos, pudiendo cada serie de elementos subdividirse en numerosos grupos especiales. El estudio de esos fenómenos en sí mismos, complementase necesariamente en el estudio de sus relaciones recíprocas; así llegamos al conocimiento de su causalidad. «Cuando se constata que dos fenómenos están siempre ligados el uno al otro, suele suceder que su relación no es reversible, es decir, que no podría invertirse el orden en que se presenten. Si son sucesivos, el uno precederá al otro; si son simultáneos, el uno dominará ó dirigirá al otro. El primero aparecerá, pues, como causa del segundo. Así la idea de causa, lejos de ser excluída por la idea de ley, parece implicada por ella. La ley es una relación constante é invariable entre dos fenómenos, uno de los cuales es causa y el otro efecto. Por ende, no es fútil ni ilógico investigar las causas. Pero es solamente en la realidad sen-

sible donde debemos descubrirlas». (1). Los métodos que permiten establecer las causas de los fenómenos son cuatro, según Mill (2): 1.º Si dos fenómenos aparecen siempre juntos, puede existir entre ellos una relación de causa á efecto (método de concordancia); si la ausencia de ambos es constante (método de diferencia); si ambos varían al mismo tiempo y en proporciones semejantes (método de las variaciones concomitantes); si todos los demás fenómenos antecedentes pueden excluirse en su determinismo (método residual). Mediante esos procedimientos podría estudiarse las leyes sociológicas argentinas y las causas que presiden nuestra evolución; pero conviene tener presente que la investigación de las causas, tratándose de fenómenos sociales, será siempre imperfecta y relativa, visto el número enorme de circunstancias concurrentes á la determinación de un fenómeno dado. El estudio analítico de los innumerables factores que concurren á su determinismo es, por sí solo, inagotable; las síntesis sociológicas se efectúan después de un análisis *relativamente* complejo, y sólo pueden conducirnos á establecer relaciones causales *aproximadamente* exactas, cada vez menos erróneas.

Las relaciones entre los fenómenos sociales se

(1) René Worms: *Philosophie des Sciences sociales*, volumen II, Methode, pág. 177. París, 1904.

(2) Mill: *Logique*, liv. cap. VII, 3.

nos presentan de dos maneras: relaciones de coexistencia (la «estática social», de Comte) y relaciones de sucesión (la «dinámica social», de Comte). Las relaciones de coexistencia permiten aplicar los métodos de concordancia y diferencia para indagar las causas; el estudio de las relaciones de sucesión permite el método de las variaciones concomitantes. En realidad, los resultados presentes de la sociología no prueban la *exclusividad* de los factores económicos en el determinismo de todo fenómeno social en particular, pero evidencian su *rol preponderante* en la orientación general de las transformaciones sociales; nosotros no pretendemos ir más allá en nuestras inducciones sobre la evolución sociológica de nuestro país.

Así, pues, consideramos posible determinar las condiciones económicas de la sociedad argentina (estáticamente considerados); por el examen de cada uno de los diversos períodos de su evolución inferimos que las condiciones económicas priman é influyen sobre las demás coexistentes con ellas, constituyendo la *subestructura* de todos los fenómenos sociales. Y también consideramos demostrable que las variaciones fundamentales de la constitución económica argentina se acompañan de variaciones importantes en la *superestructura* política, intelectual, moral, etc., de la sociedad; de donde inferimos, por el método de las variaciones concomitantes, un vínculo de causalidad en-

tre la transformación económica y la evolución conjunta de los fenómenos sociales (dinámicamente considerados).

Esto, lo repetimos, no implica *negar* la importancia de otros factores en ciertos momentos, sino *subordinar* al factor esencial los factores secundarios. Los factores naturales (geológicos, geográficos y climáticos) concurren á la formación del *ambiente económico natural*; á esos factores naturales se asocian los factores propiamente sociales, humanos, concurriendo á formar el *ambiente económico artificial*. El ambiente natural ofrece las subsistencias espontáneas; el artificial crea las subsistencias mediante los procesos especiales que constituyen la producción. Esta aptitud para producir las subsistencias, sus modos de circulación y de consumo, constituyen la base de la constitución social (estáticamente) y de la evolución social (dinámicamente), sin que esto implique negar á los complejos factores secundarios una influencia de segundo orden ó indirecta en el determinismo general, ó una acción culminante en el determinismo de algunos hechos particulares.

En otro estudio crítico (1) hemos enunciado ya esta noción: entre los fenómenos sociales, el económico es el fundamental é indispensable para la vida y la evolución de un agregado social, debido

(1) Sobre *Nuestra América*.

á que representa un grado de perfeccionamiento ulterior del fenómeno biológico al pasar de la evolución orgánica á la social. Podemos aclarar el concepto: la conservación y reproducción de la vida en la especie humana está subordinada á las condiciones de su ambiente económico (natural transformado), lo mismo que en todas las especies vivas subordinase al ambiente natural (no transformado).

Esta correlación biológico-económica permite acercar las dos teorías más opuestas, hasta ahora, en sociología: la biológica (con su desviación organicista) y la económica (con su mal llamado materialismo histórico). Basta señalar el problema para prever que la interpretación económica de la historia puede encuadrarse dentro del más puro evolucionismo, circunstancia que hasta ahora no parecen justipreciar los partidarios del economismo histórico (1).

En su último libro, el profesor De Greef (2) ha enunciado una definición de la ciencia económica, desprendida de su función constante en la vida social; concuerda, en cierta manera, con los criterios

(1) De Johannis justifica también el economismo histórico reduciendo el fenómeno económico al simple hecho biológico de la nutrición, á la necesidad de comer y beber para vivir. «Della Universalità e preminenza dei fenomeni economici», en *Riv. di Filosofia scientifica*, 1883.—Puede consultarse la crítica de Enrique De Marinis, en su magistral *Sistema di Sociologia*, Turín, 1901, de pág. 151 á 153, y las obras de De Molinari.

(2) *La Sociologie Economique*, París, 1904.

generales que acabamos de exponer. «La económica—dice—es esa parte fundamental de la ciencia social que se propone estudiar y conocer el funcionamiento y la estructura del sistema nutritivo de las sociedades, para su conservación y perfeccionamiento, mediante la reducción progresiva del esfuerzo humano y por el aumento del efecto útil, en el interés y para el bienestar común del individuo y de la especie organizados en sociedad». Formulada así la definición de la economía, es evidente que ella estudia la función esencial para la vida de la sociedad, considerando á ésta con el más genuino criterio biológico.

El problema es de suyo difícil; es ya sobrado abuso su simple enunciación en el estudio crítico de un libro ajeno. Cerremos esta teorización de sociología general, y entremos al análisis del «ambiente», las «formas» y la «evolución» del caudillismo, así como de su influencia en el desarrollo de nuestros partidos políticos.

III

EL AMBIENTE Y LOS CARACTERES DEL CAUDILLISMO

Frustradas quedan las esperanzas del lector si espera; en el capítulo VI, un estudio del «ambiente» del caudillismo á la manera de Sarmiento ó de Taine; en el libro de Ayarragaray no hay estudio sociológico del medio y sí la descripción de las formas y caracteres revestidos por la anarquía argentina.

El antecedente de «Facundo» imponía, sin duda, la obligación de estudiar el medio con un criterio más sociológico, más tainiano. Y aproximamos los nombres de Sarmiento y de Taine para señalar en el argentino un precursor del crítico francés.

El hombre producto del medio y exponente de una civilización: fué el concepto sociológico de Sarmiento. En «Facundo» enuncia los factores concurrentes á la formación de la nacionalidad argentina.

Un sociólogo—dice—que hubiese llegado á penetrar en el interior de nuestra vida política, premunido del conocimiento de las teorías sociales, «hu-

biérase explicado el misterio de la lucha obstinada que despedaza á la república; habría clasificado los elementos contrarios, invencibles, que se chocan; hubiera asignado su parte á la configuración del terreno y á los hábitos que ella engendra; su parte á las tradiciones españolas y á la conciencia nacional íntima, plebeya, que ha dejado la Inquisición y el absolutismo hispano; su parte á la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte á la barbarie indígena; su parte á la civilización europea; su parte, en fin, á la democracia consagrada por la revolución de 1810, á la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad» (1). Y después de este plan soberbio nos ofrece el estudio de la anarquía argentina y del caudillismo, *en su ambiente cósmico y social*, comenzando por estudiar el aspecto físico de la República Argentina—los caracteres, hábitos é ideas que engendra—, los rasgos originales del alma gaucha: el rastreador, el baqueano, *el gaucho malo*, el cantor—la difusión de la población rural—, el predominio de los pueblos pastores sobre los agricultores y sobre la fracción comercial—el individualismo nómada del gaucho y su asociación transitoria en la pulpería—, los orígenes de la revolución argentina, hasta llegar á la instauración de la anarquía y el cau-

(1) *Facundo*, Introducción, 1845.

dillismo. Sobre esa pauta, después de agotar genialmente el estudio del escenario, examinó al protagonista, á Juan Facundo Quiroga, siempre «en función del medio».

Taine tenía diez y siete años cuando Sarmiento publicó esa biografía del Tigre de los Llanos.

No hemos resistido á esta evocación del maestro, en llegando al capítulo IV de «la Anarquía Argentina y el caudillismo». Ayarragaray no estudia el ambiente como puede exigirse á un sociólogo, después de Taine: en el supuesto de que un argentino culto pueda ignorar ú omitir á Sarmiento. No basta presentar el cuadro aislado de un hecho ó de una época para explicarla. Ayarragaray se limita á describir la desorganización política y social, es decir, la anarquía misma, pero no en el ambiente en que ella surge: restringe sus manifestaciones á lo que podríamos llamar su *psicología política*, consiguiendo, desde ese punto de vista, acertar impresiones excelentes.

«El mismo espíritu de nacionalidad era informe; carecía de los intereses y sentimientos solidarios que, aun desmedrados, la anarquía moral disociaba todavía. Y el odio entre provincianos y porteños podrá solamente equipararse al que unos y otros profesaban á los godos». En esas condiciones, un Moldes cualquiera, intrigante, inculto, sin ideas de gobierno, basta para sintetizar las pasiones de horda que flotan en la atmósfera política y erigirse

en caudillo. Y mientras el suburbio de las ciudades («toda la gama de mestizaje») crea la anarquía política y electoral, las turbas de las campañas se vuelcan sobre las huestes urbanas en forma de vandálicas montoneras. «Una vez cundido y héchose general el desquicio, nada se respeta. A través de los campos abandonados y yermos, corre furiosa y enloquecida la montonera, como un azote de Dios, con sus estandartes rojos y sus armas primitivas, y á su paso no queda á muchas leguas á la redonda, ni un hombre, ni un caballo, ni una vaca. Y cuando la montonera y la guerra civil se generalizan, vivir de la hacienda del enemigo, talar su campo, incendiar su choza, sería un lugar común en la epopeya bárbara, porque el saqueo y el latrocinio se estimulan por la falta de integridad judicial, amparadora de todos los abusos de los clientes del poder caudillesco. Las turbas armadas, que son el único sostén de las efímeras dictaduras, ejecutoras de este cúmulo de violencias desatinadas, ni se las paga ni menos se las vitualla; encuentran en el mero deo un recurso para vivir, y en efecto arrebatan su subsistencia». Así la anarquía determina un estado de inseguridad que mantiene en perpetua zozobra los espíritus, agregando su obscuro topo en la paleta que refleja la gama sentimental de las campañas anarquizadas.

En la capital, como resultado lógico de ese mis-

mo desorden é inseguridad, aparece la mazhorca; Ayarragaray admite que no fué una creación de Rosas, sino la resultante de nuestros violentos hábitos políticos, gravitando desde temprano, como institución común á todos los regímenes. Coincide en esto con el mismo Sarmiento: «Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido sólo en plagiar á sus antecesores y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado friamente» (pág. 50. Edición oficial); la misma opinión comparten otros escritores nacionales, preparando así la justificación de Rosas... y acaso una relativa rehabilitación, demoliendo las mistificaciones históricas de sus enemigos políticos. Sarmiento, genial aun en sus pasiones, enmendando *à priori* los propios desbordes, escribía en 1845, á renglón seguido de sus insultos: «Por otra parte, las pasiones que subleva entre sus enemigos, son demasiado rencorosas aun para que pudieran ellos mismos poner fe en su imparcialidad ó en su justicia» (Introducción). Puede afirmarse que después de sesenta años la situación no ha cambiado: muchos hijos heredaron la apasionada parcialidad de sus padres. Y ya que deslizamos este juicio sobre Rosas, agregaremos que la crítica histórica debe corregir otras preocupaciones sobre la significación y el rol político de nuestros prohombres, desde Belgrano y Rivadavia hasta Lavalle y Urquiza. En materia de correctivos

merece especial mención el ensayo de Groussac sobre «Liniers», que, además de estudiar al protagonista, pone en compasiva exhibición á algunos de los llamados «precursores» y «autores» de la independencia argentina.

Volviendo á la anarquía, Ayarragaray nos muestra el estado mental de la época con vivos colores y pinceladas certeras. Hubo proclamas oficiales que tranquilizaban al «ciudadano honesto», y amenazaban al «osado» que «debía temblar», mientras las asonadas conmovían la ciudad al grito de «mueran los federales», precursor del alarido antagonista que rugiría más tarde la mazhorca. Aun no figuraban en la literatura política los epítetos de *inmundo, salvaje y asqueroso*, pero ya los enemigos eran «execrables criminales» y los gobiernos «descargaban sobre ellos los golpes de su poder, dada la magnitud de sus crímenes». Los partidos adversos eran clasificados, en documentos públicos, como «gavillas de malvados» poseídos de «sentimientos infernales». Para completar el cuadro de la situación anárquica en que vivía todo el país—después de aquellos sacudimientos de los años 19 y 20, en un momento de tregua y tranquilidad (1)—Ayarragaray cita el conocido artículo de *El Argos*, que da la sensación *actual* de aquella indescriptible subversión de espíritus é instituciones: «bien valdría la pena de transcribir por entero esa cita, desgraciadamente harfo extensa, cuyas últimas pa-

labras dicen: «Constituída sólidamente una autoridad sobre las ruinas de 12 revoluciones en poco menos de un año, de 20 gobiernos durante el mismo período, de 6 invasiones sangrientas y desoladoras».... (1).

Sobre esa anarquía política, ruinoso escombros de una democracia necesariamente inorgánica, surgió Rivadavia, cuya genialidad reformista se avino mal con el espíritu miope de la tímida oligarquía porteña y chocó violentamente á las oligarquías bárbaras del interior. Querían un amo de su estilo y lo tuvieron: Rosas, tipo del caudillo superior, perfecto dentro del ambiente caudillista, el «hombre representativo» de su época, emersonianamente. Ayarragaray es ecuánime en su juicio: «En la tradición y en los hábitos imperantes halló los abusos y desmanes que sirvieron de resorte á su política. Poco tuvo que inventar; exageró, modificó y sistematizó procedimientos; en una palabra, *dió esplendor* á las monstruosas extralimitaciones que desde nuestros orígenes implantaron el fraude y el desorden en las costumbres políticas argentinas».

En el ambiente de la anarquía política, la autoridad está representada personalmente por el caudillo; éste es el órgano natural de la actividad política arbitraria y facciosa.

(1) Artículo publicado en *El Argos*, de Buenos Aires, año 1821.

«El era el partido ; él era el principio y él era la bandera. Nuestra organización y nuestras contiendas fueron por eso mismo eminentemente personales, y la índole de la política fué, ante todo, sentimental». La adhesión al jefe es todo el mecanismo de la acción. Dentro del criterio criollo, esencialmente simplificador, cuando el desquicio avanza y el abuso sale de su cauce, basta derrocar á un hombre y exaltar á otro. Cada bandería tiene su prohombre, su indispensable, el «libertador», el «restaurador», «el único capaz de salvarnos» ; nadie confía en la eficacia de las fuerzas morales ó en el valor intrínseco de las instituciones : el caudillo es todo. De ese modo, el hombre, que es un accidente donde existen intereses definitivos é instituciones consolidadas, conviértese en factor primordial y casi único de nuestra vida política. Este régimen caciquista tenía sus precedentes en el sistema personal y arbitrario generalizado en España ; la incorporación del elemento indígena, pasivo y sumiso, modificó poco los hábitos de prepotencia personal importados por los conquistadores.

Consecuencia lógica del régimen caciquista fué la inercia, el renunciamiento de toda individualidad política en manos del caudillo. Todo se espera de su acción personal ; como la sociabilidad es amorfa, cada uno inculca sus instintos y marca el diapasón moral del conjunto. Desde que él es todo y lo gobierna todo, la superficial inteligencia

de los acaudillados suele atribuirle cualquier beneficio ó perjuicio social ; cuando los beneficios parecen ser los más en la balanza, el culto crece de grados, la admiración se exalta y la turba cae en el fanatismo con todos sus errores y desmanes.

En el título siguiente analizaremos la evolución del caudillismo y su influencia sobre la constitución de nuestros partidos políticos.

..

Hemos visto ya la influencia de los factores económico-sociales en la determinación de la anarquía argentina y de su forma política, sintetizada en el régimen caudillista. Tócanos ahora poner en evidencia los rasgos típicos del ambiente económico durante ese período de nuestra historia.

La base económica de la anarquía es la falta de intereses comunes, la ausencia de sociedad y de intereses sociales, en sentido económico. La demostración de este hecho nos la ofrece el más ilustre contemporáneo de la época, el inagotable Sarmiento. «En las llanuras argentinas no existe la tribu nómada ; el pastor posee el suelo con títulos de propiedad, está fijo en el punto que le pertenece ; mas para ocuparlo ha sido necesario disolver la asociación y derramar las familias sobre una inmensa superficie. Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas, cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones á cuatro le

guas de distancia unas de otras, á ocho á veces, á dos las más cercanas... La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar á los delincuentes... fáltale la ciudad, el municipio, la asociación íntima, y, por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social; no estando reunidos los estancieros no tienen necesidades públicas que establecer, en una palabra, no hay *res pública*» (págs. 29 á 31). He ahí, en pocas líneas de Sarmiento, la clave de la anarquía: los habitantes viven desunidos y no tienen necesidades públicas que satisfacer. Ese es el engranaje económico de toda la época: no hay unidad de intereses. La vida de nuestras campañas flotaba sobre la anarquía económica. En esas condiciones de ambiente el hombre sólo está vinculado por sus sentimientos de simpatía, sólo obedece á la sugestión del coterráneo más prestigioso por sus cualidades personales; una razón única asocia esas fuerzas dispersas: el vago sentimiento defensivo contra un enemigo común, verdadero ó imaginario.

En ese ambiente no existe ningún sistema artificial de producción. Verdad es que su característica principal consiste en el predominio del pastoreo sobre la agricultura apenas naciente y sobre

el comercio ó las industrias muy embrionarias: obsérvese que por entonces el pastoreo no es una industria pecuaria, sino una forma natural de explotar la naturaleza rica de pastos. Esto no es simple conjetura: «la cría de ganado no es la ocupación de los habitantes, sino su medio de subsistencia» («Facundo», 29). El gaucho, en efecto, no trabaja; la familia rural prepara al nombre para la montonera: en ese ambiente, con tal naturaleza rica, criados sobre el caballo, sin obligaciones de trabajo, no es posible ninguna organización colectiva de la vida económica y política. Cuando un hombre más prestigioso que otros enarbola su pendón de aventura y de pelea y le rodean sus amigos y los amigos de éstos: he ahí la montonera. El mismo engranaje asocia á los pequeños caudillos montoneros en torno de otro caudillo á su vez más prestigioso. Así tenemos de nuevo planteada la fórmula: donde faltan intereses económicos definidos los hombres se agrupan por razones de influencia y de prestigio personal. Sobre esa base se yergue todo el sistema caudillista. Hay cierta concordancia entre ese estado social y el feudalismo; el caudillo montonero es un señorzuelo sin títulos, con un rancho ó una estancia por castillo, que va rodeado por sus vasallos, á defender las armas de su rey: Artigas, Facundo, Ramírez. En cierto momento la mano superior de un Rosas empuña todas las riendas, unce los bárbaros á su carro es-